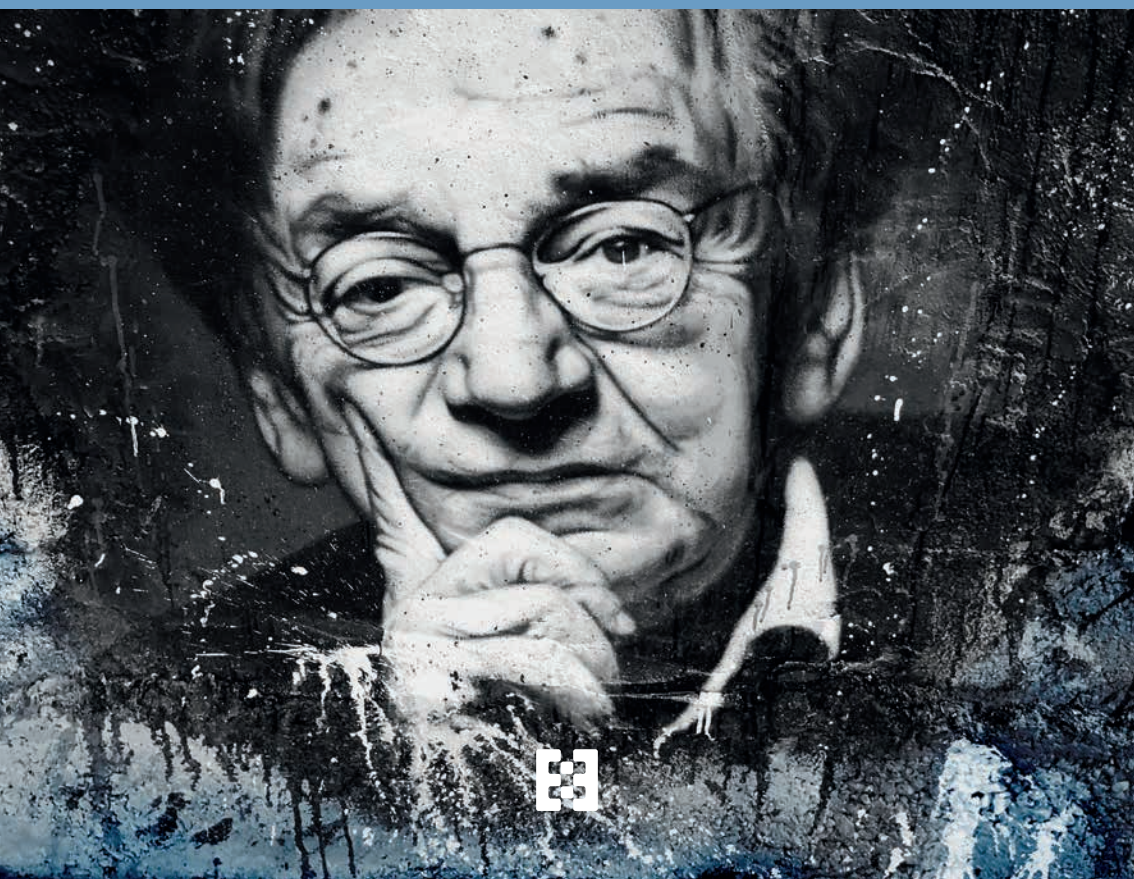


ALAIN FINKIELKRAUT

# EN PRIMERA PERSONA





Alain Finkielkraut

# En primera persona

*Traducción de Fernando Montesinos Pons*



Título en idioma original: *À la première personne*

© Éditions Gallimard, París, 2019

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid, 2020

© Foto de portada: Thierry Ehrmann. Disponible bajo licencia pública en

[https://www.flickr.com/photos/home\\_of\\_chaos/48079142913](https://www.flickr.com/photos/home_of_chaos/48079142913). © 2019 AbodeofChaos.org

Traducción de Fernando Montesinos Pons

Prohibida la venta en los países de América Latina

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección Nuevo Ensayo, n° 72

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

Impresión: Cofás-Madrid

ISBN: 978-84-1339-026-0

Depósito Legal: M-8916-2020

*Printed in Spain*

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

[www.edicionesencuentro.com](http://www.edicionesencuentro.com)

# ÍNDICE

Prólogo.....	9
I. Lo patético del amor.....	11
II. La interminable cuestión judía.....	19
III. Encuentros .....	45
IV. En busca del tiempo presente .....	53
V. El impacto Heidegger .....	73
VI. El escándalo.....	83
VII. <i>Amor mundi</i> .....	93
Epílogo.....	99



*a Milan Kundera*





## PRÓLOGO

Puesto que, a pesar de mis esfuerzos por ralentizar el galope del tiempo, avanzo de una manera irremediable en edad y también, he de confesarlo, porque me veo obligado a sufrir epítetos inamistosos adosados a veces a mi apellido, me parece que ha llegado el momento de precisar la situación en que me encuentro y volver a trazar mi itinerario sin evasivas ni complacencias.

Por lo que a mí respecta no se trata en modo alguno de rebajar el conocimiento a la confesión ni de defender una verdad puramente subjetiva. No he optado, en el momento de rendir cuentas, por atrincherarme en la fortaleza inexpugnable de la autobiografía. Pongo las cartas sobre la mesa, digo desde dónde hablo, pero no digo sin embargo: «Cada uno tiene su propia visión de las cosas». No me desentiendo, mediante una declaración de identidad, de la respuesta a la cuestión que encierra todos los peligros: «¿Qué está pasando?». Nada me entristecería más que contribuir a hacer mi respuesta inofensiva psicologizándola. ¡Poco importan, pues, mis historias, mis secretos, mi neurosis, mi carácter! La

verdad que yo sigo buscando todavía y siempre es la verdad de lo real; la elucidación del ser y de los acontecimientos sigue siendo, a mis ojos, prioritaria. A pesar de la fatiga y del desánimo que a veces me asaltan, prosigo con obstinación esta búsqueda. Me intereso menos por mí de lo que me afecta el mundo. Con todo, como escribió Kierkegaard, «pensar es una cosa, existir en lo que se piensa es otra». Esta otra cosa es lo que he querido aclarar al escribir, pase por una vez, en primera persona.

## I. LO PATÉTICO DEL AMOR

Al principio del principio era el conformismo.

En mayo de 1968, como la mayoría de aquellos a los que se comenzaba a llamar, con una ternura en la que apuntaba ya la deferencia, «los jóvenes», fui atrapado y llevado después por la ola. Me manifesté ruidosamente, contesté con valentía, corrí hasta perder el aliento; bebí, para mis primeras intervenciones, en un léxico que todavía me resultaba extraño en el mes de abril; me puse, de golpe y porrazo como todo el mundo, a utilizar la palabra «camarada», hice juramento de vasallaje a la época por mi misma rebelión contra las diversas formas de autoridad, rechacé los modelos del mundo antiguo a fin de imitar mejor a la gente de mi edad, rompí con la tradición y tomé el partido de la insumisión muy al calor de la masa y, siguiendo mi impulso, llevé el celo hasta querer preceder al movimiento militando, durante algunos años, a la izquierda del izquierdismo. Desde ahí podía yo reprender a los tibios sin arriesgarme a que cayeran sobre mí mismo los rayos del superyó revolucionario.

Ahora bien, aunque yo hablara el lenguaje de la palabrería como si fuera mi lengua materna y hubiera puesto mi sede en la radicalidad, aunque pudiera embriagarme de competencias y emitir veredictos inapelables, se iba insinuando progresivamente un malestar en mí. Mi subjetividad se agrietaba sin previo aviso. Mi dogmatismo hacía agua. Otra educación iba minando las certezas que yo creía haber adquirido. La idea de una solución global del problema que me encantaba era derribada por el naciente descubrimiento de lo que significa en concreto ser un hombre entre los hombres. Ya me iba reconociendo cada vez menos en las consignas tajantes de mi tribu generacional. Se celebraba la liberación sexual, se afirmaba con un tono perentorio que todo es política. Este «se» me había tomado bajo su amparo. De él tomaba mi inspiración y hervía de impaciencia: lo poco que yo sabía de la vida en virtud de mi experiencia y mis lecturas desmentía silenciosamente sus fórmulas definitivas.

Sin embargo, llegó un día en que, superando el miedo adolescente de pensar a contracorriente, salí de este silencio. Corría el año 1974, tenía yo veinticinco años, cuando escribí en la revista *Critique* un artículo titulado «Bêtises de Rousseau» («Tonterías de Rousseau»)<sup>1</sup>. En él comentaba sobre todo el episodio de las *Confesiones* conocido con el nombre de *idilio de las cerezas*. Al final de una comida campestre improvisada, el joven Rousseau obtiene, como un exceso de confianza, besar una sola vez la mano de la

---

<sup>1</sup> Alain Finkielkraut, «Bêtises de Rousseau», en *Critique*, noviembre de 1974.

señorita Galley. Para los libertinos que estaban entonces en el candelero, esta delicia furtiva era muy poca cosa, incluso un verdadero fiasco. ¡El palurdo no supo aprovechar la ocasión! ¡Qué vergüenza! Rousseau oye este juicio. Conoce todos los artículos de la nueva *doxa*. Tiene en la oreja la risa burlona de los espíritus fuertes y, en vez de inclinar la cabeza, se enorgullece de su torpeza, reivindica la tontería de sus primeras emociones.

Sabiendo que es mucho más difícil de confesar el ridículo que un vicio resplandeciente o un pecado grave, por mi parte rindo homenaje a la audacia de Jean-Jacques y le admiro también por oponer a la voluptuosidad estampillada no la virtud, sino otra voluptuosidad que, según nos dice él mismo, vale como la primera, porque no es una carrera frenética hacia el desenlace final y porque «actúa continuamente». Rousseau, anacrónico en su tiempo, lo era también para el nuestro, que denunciaba la represión sexual y que, como ha escrito Annie Ernaux, convertía el hecho de tener dificultades para sentir placer en el coito en el insulto capital<sup>2</sup>. Yo no erigía en modelo de conducta a este personaje tan poco competitivo (*performant*), pero le estaba agradecido por liberarme de una visión demasiado directiva de la libertad y del goce derribando las jerarquías admitidas en el orden de los placeres y haciendo tanto caso a los pequeños detalles. «No ceder nunca en nuestro deseo», se decía de una manera sentenciosa a mi alrededor. «No ceder nada en el relato canónico del deseo», replicaba, de manera anticipada, Rousseau.

---

<sup>2</sup> Annie Ernaux, *Les Années*, Gallimard, París 2008, p. 110.

Esta crítica de Eros en nombre de Eros la proseguí y desarrollé con Pascal Bruckner y gracias a él en *El nuevo desorden amoroso*. Digo gracias a él, porque, sin Pascal, al que encontré el verano de 1967 bajo el signo del álbum de los Beatles *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band*, y que, diez años más tarde, ya contaba en su activo con dos novelas y un ensayo sobre Fourier en la prestigiosa colección «Écrivains de toujours» en las Éditions du Seuil, yo no hubiera dado nunca el paso de publicar un libro. En efecto, antes de nuestra colaboración yo era un buen alumno. Yo escribía ante un jurado de maestros, entregaba, temblando hasta el extremo, una copia a Barthes, cuyos cursos seguía, junto con Pascal, en la École pratique des hautes études, también a Genette, cuyos conceptos tomaba prestados y, más en general, a los estructuralistas que reinaban de manera absoluta sobre los estudios literarios. Para obtener una buena nota, para ser recibido con mención de honor en este examen imaginario, trufé con palabras eruditas mi elogio de la tontería. Pascal me *liberó*. Lo que no significa que yo hubiera adquirido su fluidez: en ningún momento me he sentido el feliz poseedor de algún don o incluso de algún talento. Tanto hoy como ayer, cada línea me cuesta gran trabajo y me consuelo repitiendo tras Flaubert que «no se llega al estilo más que con un trabajo atroz, con una obstinación fanática y entregada». Pero en contacto con mi amigo, di vacaciones a mi tribunal. Me olvidé hasta de los lectores. Aprendí a escribir para todo el mundo y para nadie en particular. Después de Pascal ya no intento poner mi inteligencia como en un escaparate, me esfuerzo por progresar en la comprensión de las cosas. Y

no me arriesgo solo por este camino difícil. Tengo necesidad de guías. En la época de *El nuevo desorden amoroso*, estaba Rousseau y estaba sobre todo Levinas, un filósofo a flor de piel, al que, con el corazón palpitante, acababa de descubrir.

Cuando todo el mundo se postraba ante el Sexo-Rey, yo estaba agradecido a Rousseau por haber dado el derecho de ciudadanía a la voluptuosidad sentimental. Pero Rousseau, como sus denigradores libertinos y más tarde libertarios, identificaba voluptuosidad e intensidad. Levinas, al que se leía poco por entonces y cuya gravedad ética enmascara hoy la inspiración erótica, me ayudaba a ir más lejos. La voluptuosidad, muestra Levinas, no es solo intensidad sino también revelación. El conocimiento quita velos, la voluptuosidad revela. Y lo que revela es precisamente lo que el conocimiento recubre al asimilarlo o al englobarlo: la trascendencia del Otro. La caricia es una «marcha a lo invisible»<sup>3</sup>. Busca, excava, pero nunca capta nada. Solicita «lo que incesantemente se escapa de su forma»<sup>4</sup>, se lee en *Totalidad e infinito*, este inesperado Mapa de lo Tierno. Levinas se atreve incluso a definir lo femenino como «un modo de ser que se sustrae a la luz». Aunque la pornografía pueda hacer retroceder incesantemente las fronteras de lo impúdico y escrutar todos los rincones del cuerpo de la mujer, su desnudez nunca se ofrece completa a la mirada. Se ofrece y se esquivo, se da y se sustrae a la vez: «Lo descubierto no pierde su misterio en

---

<sup>3</sup> Emmanuel Levinas, *Totalité et infini*, Martinus Nijhoff, La Haya 1971, p. 235 (trad. esp.: *Totalidad e infinito: ensayo sobre la exterioridad*, Sígueme, Salamanca 2016<sup>3</sup>).

<sup>4</sup> Ib.



## EN PRIMERA PERSONA

«Reaccionarios, dicen.

Me parece que ha llegado el momento de precisar la situación en que me encuentro y volver a trazar mi itinerario sin evasivas ni complacencias.

Por lo que a mí respecta no se trata en modo alguno de rebajar el conocimiento a la confesión ni de defender una verdad puramente subjetiva. No he optado, en el momento de rendir cuentas, por atrincherarme en la fortaleza inexpugnable de la autobiografía. Pongo las cartas sobre la mesa, digo desde dónde hablo, pero no digo sin embargo: 'Cada uno tiene su propia visión de las cosas'. La verdad que yo sigo buscando todavía y siempre es la verdad de lo real; la elucidación del ser y de los acontecimientos sigue siendo, a mis ojos, prioritaria. A pesar de la fatiga y del desánimo que a veces me asaltan, prosigo con obstinación esta búsqueda. Me intereso menos por mí de lo que me afecta el mundo. Con todo, como escribió Kierkegaard, 'pensar es una cosa, existir en lo que se piensa es otra'. Esta otra cosa es lo que he querido aclarar al escribir, pase por una vez, en primera persona».

Alain Finkielkraut



ISBN: 978-84-1339-026-0



9 788413 390260